

Anterior en: <https://ideaswaldorf.com/4-cartago/>

## 5. LA CASA DE UN PATRICIO Y UN PLEBEYO

6º

Una vez que Cartago hubo sido destruida completamente, ya no había país en la costa mediterránea suficientemente fuerte para luchar contra Roma. Cerca de quinientos años después de que Rómulo aró un surco para delimitar su ciudad, no sólo Italia, sino también Iberia, Grecia, Cartago y la costa de África del Norte frente a Grecia, habían caído bajo el dominio romano. Todas estas conquistas cambiaron la vida en Roma.

Del tributo de las tierras conquistadas y del comercio de los mercaderes romanos, la riqueza iba llenando las arcas de Roma.

De Grecia, los romanos tomaron las más hermosas estatuas y pinturas y se las llevaron a Roma para adornar en foro y los edificios públicos. No había patricio que no tuviera alguna gran obra de arte griego en su casa.

Los maestros, doctores y artistas griegos eran muy admirados en Roma, y gustosamente se trasladaban a la opulenta ciudad donde los romanos aprendían ávidamente de ellos. En realidad, podría decirse: la espada romana conquistó Grecia, pero el conocimiento y el arte de Grecia conquistaron Roma.

Cuando un escritor romano escribía un poema tenía que ser una imitación del verso griego.

No todos los romanos se habían enriquecido con esas guerras y conquistas. La mayoría de los plebeyos habían perdido lo poco que tenían. Un campesino plebeyo que tenía una pequeña parcela era llamado para engrosar el ejército y dejaba su tierra durante años. Su esposa y sus hijos no podían trabajar la Tierra, de modo que acababan vendiéndosela a un rico patricio, y de ese modo podían vivir del dinero pero que una vez que se acababa, los dejaba sin nada de nada. Mientras tanto, los patricios compraban esclavos.

Los esclavos eran baratos, ya que todos los prisioneros tomados en las guerras eran vendidos como esclavos, y había muchos. Los esclavos, entonces, trabajaban la tierra. Y cuando el plebeyo regresaba de las guerras, su granja ya no existía, y ni siquiera había trabajo en los campos para él, con lo que él y su familia tenían que pasar hambre y mendigar por las calles de Roma. O tenían que vender a sus hijos como esclavos, pues no tenían ninguna otra cosa que vender. De modo que los plebeyos no habían ganado nada por las guerras, al contrario, estaban mucho peor que antes.

Los patricios se habían hecho más ricos y los plebeyos más pobres. En la Roma de esa época —unos 150 años antes de Cristo— vivía una noble mujer, una patricia llamada **Cornelia** de la familia de lo Graco.

*\*Cornelia (189 aC-110 a.d.C.): Famosa matrona romana, conocida como Madre de los Gracos. De casó con Tiberio Sempronio Graco. Tuvo doce hijos, pero sólo llegaron a la edad adulta: Tiberio Sempronio Graco, Cayo Sempronio Graco y Sempronio. [n. del pr.]*

Era viuda y su preocupación principal era educar a sus dos hijos, **Tiberio Graco** y **Cayo Graco**. Ella y sus hijos vivían en una bella casa, como muchas familias romanas adineradas. Esa casa era muy distinta de las que podemos ver hoy. La casa de Cornelia no tenía jardín ni delante ni detrás, sino que estaba construida como un cuadrado con un jardín o un gran patio en el centro. La parte frontal de la casa, que daba a la calle, no tenía habitaciones. Estaba reservada para los comerciantes y sus tiendas. Y la entrada estaba entre los comercios. Al entrar se desembocaba en el jardín con césped verde, flores, dos o tres fuentes con surtidores, y varias estatuas de mármol. A izquierda y derecha del jardín estaban las habitaciones de los muchos esclavos de Cornelia.

Eran esclavos felices, pues en ninguna otra parte de Roma se trataba tan bien a los esclavos y con tanta amabilidad como en la casa de Cornelia.

Atravesando el jardín se llegaba a la parte mayor y más importante de la casa. Al entrar en ella desde el jardín uno se encontraba con una enorme sala llamada atrio —todas las casas de los ricos tenían un atrio así—, y las paredes del atrio estaban pintadas con bellos colores. En el centro del atrio había una gran piscina o estanque donde se acumulaba el agua de la lluvia que caía por un agujero en el techo. Éste estaba construido especialmente para capturar el agua y hacer que se deslizara hacia dentro hasta esa abertura, no hacia afuera, como suele ser el caso entre nosotros hoy en día.

Al vivir en un clima cálido, a los romanos les gustaba ver cómo la lluvia caía en el estanque del atrio. En éste, Cornelia, la dueña de la casa, se acercaría y nos daría la bienvenida. Y luego nos llevaría a una parte del atrio envuelta en cortinas del techo hasta el suelo, el lugar donde se comía.

Un esclavo mantendría levantada la cortina para dejar entrar a los invitados al **refectorio**. Ese refectorio era muy diferente a cualquier comedor que podamos tener en nuestras casas. Había una enorme mesa, pero no había sillas. En lugar de sillas, a tres de los cuatro lados de la mesa había largos divanes, **los triclinios\***. Y el cuarto lado de la mesa quedaba libre, de modo que uno no se sentaba para comer, sino que se reclinaba sobre el costado izquierdo, se apoyaba en el brazo izquierdo y se usaba la mano derecha para alcanzar los alimentos. y por el lado libre de la mesa iban y venían los esclavos que servían la comida y retiraban los platos vacíos.

No había cucharas, cuchillos ni tenedores, en la comida romana no había sopa. La carne era cortada en pedazos pequeños por los esclavos y cada comensal tomaba los pedazos con la mano. Después pasaba un esclavo con un recipiente de agua y una toalla para que cada uno se lavara y secara las manos.

*\* **Triclinio**: 1. m. Cada uno de los lechos, capaces por lo común para tres personas, en que los antiguos griegos y romanos se reclinaban para comer. 2. m. Comedor de los antiguos griegos y romanos. Diccionario RAEL [n. del pr.] papa o patata: Planta tuberculosa, cultivada desde los años 8000 y 5000 aC, en los Andes del sur y el altiplano de Perú y el noroeste de Bolivia. Luego de la conquista de América, se introdujo en Europa y se ha convertido en un alimento básico en la gran mayoría de países del globo. [n. del pr.]*

*\***Tiberio Sempronio Graco** (ca. 164 aC-133 a.d.C): Notable político popular romano del siglo II a.d.C perteneciente a la familia de los Graco, una de las más ricas y destacadas de Roma, hermano de Cayo Sempronio Graco. [n. del pr.]*

*\***Cayo Sempronio Graco** (154 aC-121 a.d.C): Notable político popular romano del siglo II a.d.C, perteneciente a la familia de los Graco, una de las más ricas y destacadas de Roma, hermano de Tiberio Sempronio Graco. [n. del pr.] refectorio: 1. m. En las comunidades y en algunos colegios, habitación destinada para juntarse a comer. Diccionario RAEL [n. del pr.]*

Otro esclavo mezclaba el vino con agua —los romanos y griegos nunca bebían vino sin mezclarlo con agua— y llenaba las copas. Antes de tomar el primer sorbo uno tocaba el vino con los dedos y salpicaba el suelo con unas cuantas gotas, era una especie de sacrificio a los dioses.

Nosotros habríamos encontrado la comida romana un poco pesada. Varios tipos de carne: ternera, cerdo, cordero, una tarta de carnes, pescado, pollo o pavo, y pan para acompañar, pero no había verduras de ningún tipo. Luego se tomaban algunos pasteles dulces, todos hechos con miel, y fruta. Naturalmente, no había ni **papas**, ni **té**, ni **café**.

Después de la comida, Cornelia podría habernos llevado a la sala de los niños, donde Tiberio y Cayo, sus dos hijos, eran educados por maestros griegos y romanos. Allí habríamos visto qué es lo que usaban los romanos para escribir.

El papiro era muy caro y sólo era usado para asuntos importantes. Si un romano quería enviar un mensaje corto a un amigo, por ejemplo, “¿Puedo ir a verte mañana por la tarde?”, usaba una tablilla de cera en un marco de madera, sobre la que escribía su mensaje en la cera con un **estilo** de metal acabado en punta en un extremo y en una superficie plana en el otro. Y con la punta del estilo rayaba el mensaje sobre la tablilla.

No había servicio postal, tenía que enviar a un esclavo con el mensaje a su amigo. El amigo, escribiría debajo del mensaje: “Sí, serás bienvenido”, y el esclavo regresaba con la tablilla a su dueño. Luego borraba todo el mensaje con la parte plana del estilo y de ese modo podía volver a escribir sobre la cera.

Los niños que practicaban la escritura del latín y del griego también usaban esas tablillas de cera, pues no existía el papel barato como sucede hoy en día.

Otra cosa interesante que podía verse en una “domus” —casa— romana era cómo se mantenían calientes en invierno sin estufas. El suelo en las salas de estar, el atrio y las habitaciones estaban contruidos encima de unos pilares.

## Las viviendas de los plebeyos

La casa espaciosa y bella de la noble dama Cornelia se erguía sobre la pendiente de la colina donde antaño Remo había visto el vuelo de seis pájaros. Esa colina, una de las siete colinas de Roma, era llamada la colina Palatina, y todas las casas de la colina Palatina eran casas de patricios, de las familias ricas y nobles, con grandes patios, fuentes con surtidores y mármoles brillantes.

*\*Té: Infusión de las hojas y brotes de la planta del té (Camellia sinensis). Su descubrimiento se atribuye al erudito emperador chino Shen Nung, quien ordenó como obligatorio hervir toda el agua destinada para el consumo humano. El té entró en contacto con los europeos por primera vez en la India, cuando los portugueses llegaron a ella en 1497, ya que en la India el uso del té estaba muy extendido. [n. del pr.]*

*\*Café: Infusión que se obtiene a partir de las semillas tostadas y molidas de los frutos de la planta del café. Una leyenda atribuye su descubrimiento a un cabrero etíope llamado Kaldi alrededor del año 300. Observó que su rebaño estaba muy activo cuando los animales comían ciertas bayas rojas. Decidió probarlas y descubrió el efecto energético de las semillas del café. Se considera que fue el botánico alemán Léonard Rauwolf quien, por primera vez, describió el café en un libro publicado en 1583, en Europa. [n. del pr.]*

*\*Estilo: 7. m. Punzón con el cual escribían los antiguos en tablas enceradas. Diccionario RAEL [n. del pr.]*

Las casas de los patricios eran tan bellas que los romanos llamaban palatina a cualquier casa bella que hubiera en el mundo y de ahí que llegara ese concepto a nosotros con el término "*palatium*", "*palacio*" que significa "*casa digna de estar en la primera colina de Roma*".

Pero Cornelia quería que sus dos muchachos supieran que había también otro tipo de casas en Roma, las casas donde vivían los pobres, los plebeyos. De modo que un día se los llevó de paseo. De esas brillantes villas romanas, mantenidas brillantes y limpias por los esclavos, bajaron desde la colina Palatina. Al pie de la colina llegaron primero al foro. Allí Cornelia les fue mostrando a sus hijos los numerosos templos con sus brillantes pilares y estatuas de los dioses y héroes, muchas de ellas traídas de Grecia. Les mostró **el rostrum**, la plataforma de piedra desde la cual los senadores, cónsules y otras personas importantes solían pronunciar sus discursos al pueblo, y les mostró el gran Senado donde se reunían los senadores, los ancianos patricios que gobernaban Roma.

Y Cornelia les dijo a los muchachos:

—*“En este Senado se crean las leyes de Roma y los romanos estamos muy orgullosos de nuestras leyes, de nuestra, justicia”. “Nos jactamos ante los demás pueblos de la justicia romana y de los libros en los que están escritas sus reglas. Pero ahora les voy a mostrar algo que no es justo en absoluto, algo que a los orgullosos patricios tendría que avergonzarnos”.*

Dejaron el espléndido foro, y llegaron a una parte de Roma que no estaba en las colinas, sino entre ellas. Era un terreno húmedo, pantanoso, y sobre ese terreno insalubre se levantaban las casas de los plebeyos. Eran una especie de bloques de varios pisos.

La planta baja estaba construida con ladrillos de barro, pero los dos pisos por encima —no las había más altas— estaban hechos de madera.

Las habitaciones en esas casas eran pequeñas y el techo era tan bajo que apenas se podía uno mantener de pie en ellas.

Familias enteras, a veces con ocho o diez niños, vivían en una de esas habitaciones. Estaban sucias igual que la gente que vivía en ellas. Allí cocinaban, comían, dormían, todo en una misma habitación.

Las calles entre estas casas de los plebeyos eran tan estrechas que incluso el sol brillante de Italia no podía aportar demasiada luz a sus moradas. Las ventanas no eran meros agujeros en la pared y no tenían **vidrios**.

La gente en la calle llevaba togas tan sucias y andrajosas que parecían más bien bolsas. Y esas calles no estaban pavimentadas.

\***Léonard Rauwolf** quien, por primera vez, describió el café en un libro publicado en 1583, en Europa. [n. del pr.] 9 estilo: 7. m. Punzón con el cual escribían los antiguos en tablas enceradas. Diccionario RAEL [n. del pr.]

\***Rostrum**: Tribuna del Foro Romano que servía de púlpito desde el que los magistrados y oradores arengaban al pueblo. [n. del pr.]

\***Vidrios**. Aun cuando el vidrio se conocía desde la época de los fenicios, alrededor del año 60, los romanos introducen su utilización en ventanas: pequeños trozos de vidrio sujetos con tiras de plomo. [n. del pr.]

Con el tiempo seco uno caminaba con los tobillos enterrados en polvo. Y cuando llovía uno apenas podía moverse en el barro espeso. Los niños sucios corrían entre los adultos. Por las noches, esas calles eran tan oscuras como un pozo, pues no había iluminación callejera y las habitaciones también permanecían en la oscuridad, porque la gente no podía permitirse el lujo de malgastar el aceite para sus lamparillas.

Podemos imaginarnos cómo se estremecieron esos dos muchachos procedentes de su bello hogar en la colina Palatina al presenciar ese tipo de vida.

Pero su madre Cornelia les dijo:

—“Tendrán que saber que muchos de estas personas que ven en andrajos han luchado valientemente por Roma en Hispania, África, Grecia”.

“Ese mendigo a quien le falta el brazo, probablemente lo perdió en la **Batalla de Zama**”.

“¿Ven ahora cómo Roma, la ciudad de la justicia, está llena de cruel injusticia?”

En otra ocasión Cornelia se llevó a los niños al campo, a los grandes terrenos y granjas a las afueras de Roma.

Y en las granjas, de las que eran propietarios unas cuantas familias patricias, pudieron ver a cientos de esclavos —algunos con cadenas en los pies para evitar su huida— trabajando en los campos.

Entre ellos había capataces con látigos que podían azotar a cualquiera que no trabajara bien o con la suficiente celeridad.

Cuando los dos muchachos vieron eso, le dijeron a su madre:

—“¿Pero no es justo que los patricios ricos sean dueños de toda la tierra y la trabajen con esclavos? Los pobres, los soldados que han luchado por Roma, no tendrían que vivir en los barrios bajos de Roma. Cada uno tendría que tener una pequeña parcela de tierra que pudieran trabajar por sí mismos”.

Su madre les contestó:

—“Efectivamente, y así fue antaño, pero las cosas han cambiado”.

Los muchachos contestaron:

—“¡Entonces cambiaremos eso de nuevo! Dedicaremos nuestras vidas a devolver la verdadera justicia a Roma”.

Cornelia no sólo vio que los niños habían aprendido lo que suelen aprender los patricios para ser inteligentes, sino que quería verlos crecer como hombres de bien con un sentido de solidaridad y justicia. Amaba mucho a sus hijos.

Un día, una dama patricia muy rica los visitó en su casa. La mujer estaba muy orgullosa de sus piedras preciosas, de las joyas que poseía. Estaba hablando con Cornelia y dijo:

—“Mira este collar de perlas que llevo ¿no es hermoso? Y mira las esmeraldas, zafiros y diamantes en mis anillos, ¿acaso no brillan y chispean como estrellas? Bueno, ¿y tú, mi querida Cornelia, no tienes gemas que mostrarme?”

*\*Batalla de Zama (19 de octubre del 202 a.d.C.): Batalla final de la Segunda Guerra Púnica. En ella, el joven Publio Cornelio Escipión, ‘el Africano Mayor,’ derrotó a Aníbal Barca, que huyó a Cartago. [n. del pr.]*

—“Sí, sí que las tengo, te las mostraré”.

Y llevó a la presumida dama a la alcoba donde dormían sus dos hijos, y señalándolos le dijo:

—“Estas son mis joyas, las únicas de las que estoy orgullosa”.

La dama se sintió algo avergonzada y salió pronto de la casa.

Pero cuando crecieron, los dos muchachos Tiberio y Cayo, se convirtieron en hombres de los que su madre podía estar orgullosa, aunque perdieran la vida por la causa de la solidaridad y la justicia.

## La causa de los plebeyos

Mucho antes de las guerras con Cartago hubo un tiempo en que los plebeyos se marcharon de Roma y dijeron que iban a construir una ciudad propia, pero los patricios los persuadieron de que regresaran. Entonces, los patricios prometieron a los plebeyos que cada año podrían elegir a un patricio que pudiera hablar por ellos en el Senado. A ese hombre se le dio el título de **Tribuno\***.

Cada vez que un patricio se aprovechaba de un plebeyo pobre, o cada vez que los plebeyos eran tratados injustamente, el Tribuno podía hablar por ellos en el senado y los senadores tenían que escucharle y buscar soluciones.

Se dejó por escrito en la ley que los plebeyos debían elegir cada año un tribuno diferente que defendiera sus derechos.

Las leyes más importantes de Roma fueron grabadas en doce tablas de piedra y la ley por la que los plebeyos debían elegir anualmente a un tribuno fue una de las que quedó grabada en las tablas, porque era muy importante. Pero los mismos tribunos eran patricios, y con el correr del tiempo empezaron a hacer cada vez menos por los plebeyos. Llenos de esperanza, los plebeyos elegían cada año a otra persona como tribuno, y cada año quedaban desengañados de que el hombre que había elegido nunca hablara por ellos.

Tiberio y Cayo, los dos hijos de Cornelia, fueron educados por su madre para ver el mal que se hacía a los plebeyos, a los hombres que habían luchado por Roma y no habían recibido ningún agradecimiento por ello.

Tiberio, el mayor de los dos, fue el primero que se propuso asumir la tarea de hacer algo por los plebeyos.

Cada romano con cultura había sido entrenado para hablar bien en público, para ser buen orador. Eso fue también algo que los romanos copiaron de los griegos.

Tiberio Graco también había sido instruido para pronunciar discursos públicos. Así que se dirigió al foro y de pie sobre el “rostrum” —desde el que los líderes de Roma solían hablar al pueblo— habló muchas veces a los plebeyos.

\***Tribuno:** 2. m. Cada uno de los magistrados que elegía el pueblo romano reunido en tribus, y tenían facultad de poner el veto a las resoluciones del Senado y de proponer plebiscitos. Diccionario RAEL [n. del pr.]

—“Las bestias salvajes de los bosques tienen sus cuevas y madrigueras, pero los soldados que han traído gloria y riquezas a Roma carecen de tierra y no tienen casa propia. Los ricos patricios que no saben cómo manejar un arado, poseen toda la tierra y hacen que los esclavos la trabajen, mientras que los fuertes brazos de los valientes romanos han de permanecer inactivos. Pero si ustedes, los plebeyos me convierten en su portavoz, en su tribuno, procuraré que los patricios entreguen parte de sus tierras y que sean repartidas entre ustedes. Volverán a tener sus propias granjas”.

Los plebeyos venían por miles a escuchar a Tiberio Graco y una nueva esperanza creció en su corazón. Y cuando llegó el momento de elegir un tribuno, escogieron a Tiberio. Éste fue al Senado y le explicó a los senadores que no había justicia, ni solidaridad en Roma, a menos que se repartiera entre los plebeyos parte de la tierra de los patricios.

Ahora bien, los senadores mismos eran ricos terratenientes y no estaban dispuestos a ceder el más mínimo fragmento de sus tierras. Pero eran hombres astutos que no le dijeron “No” a Tiberio. Así que le dijeron:

—“Efectivamente, tienes razón, pero has de entender que tomará un tiempo averiguar cuánta tierra tiene que entregar cada uno de nosotros”.

Y entre ellos mismos, los senadores se decían:

—“Este joven Tiberio Graco es un estorbo, pero sólo puede ser tribuno por un año, tal como está escrito en las doce tablas. Si hacemos que las cosas vayan lentas en la decisión de cuáles han de ser las tierras a repartir, habrá terminado el año y otro hombre será el tribuno. Y entonces volverá a ser, como ha sido siempre, un hombre que esta de nuestra parte, ya procuraremos que lo esté”.

Y así, cuando pasó el año, los senadores apenas habían avanzado en la decisión de dividir las tierras. Pero Tiberio habló a los plebeyos y les pidió que volvieran a elegirle como tribuno. Y todos gritaron:

—“¡Si, sí, queremos a Tiberio como tribuno!”

Volvió a ser tribuno por segunda vez. Pero los senadores se frotaron las manos con regocijo, porque Tiberio había quebrantado la ley según la cual sólo se podía ser tribuno por un año.

Por orden de los senadores se envió a un cónsul con soldados a buscar a Tiberio. Cuando las multitudes de plebeyos los vieron venir huyeron, y sólo unos pocos se quedaron con él. Tiberio no podía entablar una lucha e intentó huir al templo de Júpiter en la colina Capitolina.

El templo era un lugar de asilo y nadie en el templo podía ser muerto o tomado por la fuerza. Pero las puertas del templo habían sido cerradas por los patricios antes de que él pudiera entrar. Y Tiberio fue asesinado en la escalera del templo por el cónsul y sus hombres.

Cornelia, su madre, asumió la noticia con verdadero espíritu romano. No derramó ninguna lágrima, pero le dijo a Cayo, su hijo menor.

—“Ahora es tu turno de continuar la tarea que empezó tu hermano”.

Cayo era todavía mejor orador que su hermano, los plebeyos lo aclamaban cada vez que hablaba, y se convirtió en su tribuno. Pero Cayo no dejó que los senadores postergaran

una vez más la división de la tierra. Habían aceptado que era correcto que había que repartir las tierras con los plebeyos y ahora simplemente tenían que cumplirlo.

Naturalmente, los senadores y todos los patricios odiaban a Cayo mucho más de lo que habían odiado a su hermano. Pero no podían hacer nada contra él si no quebrantaba la ley. De modo que se devolvió tierra a los soldados veteranos y a sus familias, que pudieron vivir nuevamente como campesinos en su propia parcela y en sus propias cabañas.

Pero los patricios y senadores nunca perdonaron a Cayo que se les hubiera arrebatado parte de sus tierras, así que esperaron la oportunidad de matarlo como habían hecho con su hermano.

Pronto Cayo les dio esa oportunidad. Se le ocurrió una nueva idea: quería construir una nueva ciudad en el lugar donde había estado Cartago. En esa nueva ciudad los plebeyos de Roma podrían hallar su nuevo hogar, pues no se le había dado tierra en Italia a todos los plebeyos, no había suficiente para todos.

Muchos romanos, patricios y plebeyos, detestaban la idea de tener una ciudad allí donde había estado su gran enemigo. Pero otros estaban a favor. Pronto los romanos quedaron divididos a favor y en contra de construir una nueva Cartago. Empezaron a pelear en las calles, y en una de esas refriegas callejeras, uno de los lictores —los hombres que llevaban los fasces delante del cónsul— murió en la refriega.

A los ojos de los romanos, con su gran respeto por la ley, matar a un lictor era un crimen terrible, y los senadores acusaron a Cayo por ello, pues habían sido sus seguidores que habían matado al lictor.

Los senadores tenían ya una excusa para enviar a un cónsul y sus soldados contra Cayo. Éste no quería ser ejecutado como un criminal y le ordenó a un fiel esclavo que lo matara con una daga. El esclavo obedeció y luego se mató a sí mismo.

Cornelia había perdido a sus dos hijos. Pero nunca mostró signo alguno de pesar. Continuó viviendo a las afueras de Roma en una casa de campo durante otros diez años.

Más tarde, los patricios romanos acabaron avergonzándose de lo que habían hecho a los dos hermanos. Honraron la memoria de Tiberio y Cayo y le dieron honores especiales a Cornelia. En el foro se levantó una estatua de Cornelia con una inscripción donde constaba que era una mujer grande y noble madre de dos hijos grandes y nobles. Porque, al final, los patricios comprendieron que hasta que los plebeyos no fueran tratados con justicia Roma nunca se convertiría en un gran poder.

El poder de Roma seguía creciendo, pero no podría haber continuado si los patricios y los plebeyos hubieran estado en guerra entre sí. Por eso, al final, los patricios honraron la memoria de los Graco.

Continúa en <https://ideaswaldorf.com/6.mario/>

Aportación de Hermelinda Delgado